

Praga mágica

*Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo
del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano.*

Este libro ha sido traducido gracias a la ayuda a la traducción
del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación
pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada
con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento
de esta obra.

Título original: *Praga magica*

En cubierta: Silueta de Praga © Rawpixel Public Domain

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Giulio Einaudi editore s.p.a., Turín, 1973, 1991, 2002, 2013 y 2018

© De la traducción, Mary Sol Rodríguez Val

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19744-51-7

Depósito legal: M-18.008-2023

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Angelo Maria Ripellino

PRAGA MÁGICA

Traducción del italiano de
Mary Sol Rodríguez Val

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 138 (Serie Mayor)

PRIMERA PARTE

Aún hoy, cada madrugada, a las cinco, Franz Kafka vuelve a su casa de la calle Celetná (Zeltnergasse), con su traje negro y su bombín. Aún hoy, cada madrugada, Jaroslav Hašek, en alguna taberna, proclama ante sus compañeros de juerga que el radicalismo es dañino y que el sano progreso solo puede alcanzarse con la obediencia. Praga vive aún bajo el signo de estos dos escritores, que expresaron mejor que nadie su condena sin remedio, y por tanto su malestar, su malhumor, las dobleces de su astucia, su fingimiento, su ironía carcelaria.

Aún hoy, cada madrugada, a las cinco, Vítězslav Nezval abandona el ambiente sofocante de los bares y tabernas para volver a su buhardilla del barrio de Troja, cruzando el Moldava en una balsa.¹ Aún hoy, cada madrugada, a las cinco, los pesados caballos de los cerveceros salen de Smíchov con su carga. Cada madrugada, a las cinco, despiertan los góticos bustos de la galería de soberanos, arquitectos y arzobispos del triforio de San Vito. Aún hoy, muy temprano, dos soldados renqueantes, con sus bayonetas en alto, conducen a Josef Švejk desde Hradčany por el puente Carlos hacia la Ciudad Vieja, y en sentido contrario aún hoy, por la noche, a la luz de la luna, dos fantoches brillantes y sebosos, dos maniqués de panóptico, dos títeres con levita y sombrero de copa acompañan por el mismo puente a Josef K. hacia la mina de Strahov, al suplicio.

Aún hoy el Fuego pintado por Arcimboldo, con revoloteantes cabellos de llamas, se precipita Castillo abajo, y el gueto se incendia con sus desvencijadas chabolas de madera, y los suecos de Königsmark arrastran cañones por Malá Strana, y Stalin hace guiños maléficos desde su descomunal monumento, y soldadescas

en continuas maniobras recorren el país, como después de la derrota de la Montaña Blanca. Praga «fue siempre ciudad de aventureros», puede leerse en un diálogo de Miloš Marten, «durante siglos nido de aventureros sin piedad ni ligaduras. Llegaban en bandadas desde las cuatro partes del mundo a depredar, a pasárselo a lo grande, a señorear; [...] y cada uno arrancaba, engullía un trozo de la pulpa viva de esta mísera tierra, que se entregaba hasta agotarse, sin que nadie se le entregara a su vez como recompensa de lo que le había quitado».²

Avasallada y afligida con demasiada frecuencia por saqueos y atropellos, con demasiada frecuencia erigida en escenario de la jactancia de prepotentes extranjeros, de horribles mesnadas de lansquenetes y fanfarrones que desgarraron y devoraron, como lobos, toda su sustancia. ¡Cuántos hocicos de cerdo, empachándose en las circunstancias de Praga, han acampado en ella a lo largo de los tiempos! Pavoneantes soldados con penachos, armaduras doradas e hinchado pecho sonoramente adornado; frailotes de todas las hermandades y prelados del *porta inferi*, Obergauer que caían a plomo con su sidecar, sembrando ruina, y maquiavelistas y hermanos traidorísimos, y rostros mongoles como en los relatos de Meyrink, y algún asesor de colegio caucásico, dispuesto a amorazar el pensamiento, y chusmas de reglistas y de esbirros que, metralleta en mano, espetan patochadas ideológicas, y cónclaves enteros de generales cabezudos, entre los cuales es recordado, por las numerosas placas y medallas que le envuelven, el diligente Episciòv, mamarracho de carmesí.

A las puertas de la segunda guerra mundial, Josef Čapek, quien después moriría en un Lager nazi, narró en un ciclo de caricaturas la historia de dos perversas botas, dos farsantes negras y viscosas que, multiplicándose como las salamandras, siembran por el universo mentira, destrucción y muerte.³ Aún hoy, pesadas botas pisotean Praga, estrangulan su inventiva, su respiración, su inteligencia. Y, si bien cada uno de nosotros no se cansa de esperar a que estos infames zapatones, como los que ideó Josef Čapek, terminen entre las baratijas de Chronos, el Gran Chamarilero, sin embargo, muchos se preguntan si, dada la brevedad de la vida, ello no ocurrirá demasiado tarde.

Detlev von Liliencron estaba convencido de haber vivido ya anteriormente en la capital bohemia, no como poeta, sino como capitán de los lansquenetes de Wallenstein.⁴ También yo tengo la certeza de haber vivido allí en otras épocas. Tal vez llegué con el séquito de la princesa siciliana Perdita, la que, en *Cuento de invierno* de Shakespeare, se casa con el príncipe Florizel, hijo de Polixeno, rey de Bohemia. O bien como discípulo de Arcimboldo, «ingeniosísimo pintor fantástico», que tuvo su residencia, durante muchos años, en la corte de Su Majestad Imperial Rodolfo II.⁵ Le ayudaba a pintar sus retratos tan compuestos, aquellos inquietantes y bufos mostachos, abultados como por verrugas y estroma, que él adornaba amontonando frutas, flores, espigas, pajas o animales, del mismo modo que los incas colocaban trozos de calabaza en sus mejillas y ojos de oro en los cadáveres.⁶

O bien, en el mismo entorno temporal, como charlatán de un barracón de feria en la plaza de la Ciudad Vieja, despachaba libracos y mejunjes a los bobalicones y, cuando los esbirros descubrieron mis engaños, levanté el vuelo, volviendo de Praga como una urraca sin cola. O, mejor, llegué con un Caratti, un Alliprandi, un Lurago, con uno de los muchos arquitectos italianos que dieron comienzo al Barroco en la ciudad moldaviana. Claro que, si miro el cuadro en el que Karel Škréta retrató (1653) a Dionysius Miseroni con una copa de ónix en la mano, a mí, que amo limar las palabras como piedras duras, me da la sensación de haber trabajado en el estudio de este tallista, que fue también guardián de las colecciones imperiales.

O, tal vez, no haga falta remontarse a tan lejos: yo podía ser, simplemente, uno de los muchos figureros y estuquistas italianos que, en el siglo pasado, afluyeron a Praga, montando allí sus tiendas de figuritas de escayola.⁷ Aunque es más probable que yo perteneciera a la nutrida tropa de aquellos que, a cualquier hora del día, recorrían las callejuelas y los patios de la capital bohemia con un organillo, en cuya parte anterior lucía un pequeño teatro vidriado. Disponía el organillo sobre un caballete, levantaba la tela de cáñamo que lo recubría y, a vueltas de manivela, en la vitri-

na —que representaba una sucesión de pequeñas salas con fondo de espejos— aparecían danzando por parejas minúsculos galanes con frac y calzones blancos y blancas damitas con miriñaque, peinado de cesta y exiguos abanicos.⁸

Pero algunos, hace ya largo tiempo, me han identificado con el pintamonas de Titorelli, el vendedor de *kitsch*, que, además de retratos, pinta paisajes esmirriados e iguales, que a muchos no les gustan por ser «demasiado tristes».⁹ Y hay quien piensa que yo fui ese cliente del banco a quien, en *El proceso*, K., que sabe algo de italiano y entiende de arte, debería mostrar los monumentos de Praga. El origen meridional del cliente, sus «grandes bigotes gris-azules» perfumados, su «chaquetilla estrecha y corta» y los múltiples gestos de sus ágiles manos me inducen a creer que algo de verdad hay en este estrambótico emparejamiento. Si así es, siento no haber acudido, aquel día lluvioso, frío y húmedo, a la cita en la catedral construida en el siglo XIV por Matyáš de Arrás y Petr Parléř de Gmünd, siento haber hecho esperar en vano al señor fiscal.¹⁰ Si, además, recuerdo que Titorelli es definido como «hombre de confianza del tribunal»,¹¹ y que el cliente italiano es sin duda su instrumento secreto, su correo, entonces, en el juego baladí de las reencarnaciones, me percató de estar yo mismo morbosamente mezclado en ese embrollo malsano de acusaciones, soplos, mensajes arcanos, sentencias y expiaciones que constituye el misterio y el calvario de Praga.

Una cosa es cierta: que desde hace siglos deambulo por la ciudad moldaviana, me meto entre la multitud, me afano, pululo, percibo el tufo de la cerveza, del humo de los trenes, del barro del río; podréis verme allí donde, como afirma Kolář, «manos invisibles amasan, sobre el plano de las aceras, la pasta de los transeúntes»,¹² allí donde, siguiendo a Holan, «el pan tostado de las calles, untado con el ajo de la gente, produce cierto mal olor».¹³